 Tiempo de lectura: 2 min.

“Me acuerdo de la señora Lee, mi profesora de primaria, que preveía grandes cosas para mi futuro.

Yo era un niño corriente, en todos los aspectos. Era de estatura normal y procedía de una familia de clase media. No era el alumno más brillante, pero tampoco era un alborotador. Recuerdo a la señora Lee como una mujer severa de unos treinta años. Tenía un hijo que iba al mismo colegio y al que yo conocía bien porque habíamos estado en la misma clase el año anterior. Un día, mientras cruzaba el patio al final de la clase, el hijo de la Sra. Lee se acercó y me invitó a ir a jugar a su casa, diciéndome que sus padres le habían regalado unos juguetes nuevos. La idea me tentó, pero temía encontrarme con la Sra. Lee. Comprendiendo mi vacilación, mi amigo me aseguró que mi madre rara vez volvía a casa antes de las cuatro. Acepté, siempre que pudiera irme antes de esa hora.

Nos lo pasamos muy bien con sus juguetes nuevos, que nos conquistaron hasta el punto de olvidarnos de la hora, hasta que la puerta principal se abrió de golpe y la señora Lee hizo su entrada. Me puse rígido, imaginando que me castigarían por jugar en vez de hacer los deberes. Para mi sorpresa, la señora Lee me saludó con una gran sonrisa. Se volvió hacia mí con amabilidad y me abrazó como si fuera su hijo.

Gracias a ese abrazo, me di cuenta de que en realidad era una persona amable y cariñosa, que parecía estricta en clase para mantener el control de la clase. Me preparó una merienda estupenda, que sólo daba a su hijo en contadas ocasiones. Mientras comía, me acarició cariñosamente la cabeza y me dijo: “Serás un buen estudiante y un verdadero modelo para tus amigos. Estoy segura de que te convertirás en una persona extraordinaria que aportará sabiduría y felicidad a mucha gente”.

En mi joven corazón sentí una emoción difícil de expresar con palabras. Después de ese día, estudié mucho e intenté ser un modelo para los demás alumnos. Puesto que la Sra. Lee había depositado su confianza en mí, estaba decidido a no decepcionarla. Creo que me convertí en lo que soy hoy gracias a sus palabras de aquella tarde. Sin su aliento, no habría tenido la confianza necesaria para sobresalir en mis estudios ni para convertirme en profesora universitaria y líder espiritual.

(un testimonio auténtico)

Se puede “ver” de muchas maneras. Si le quitas las alas a una libélula obtienes un insecto feo.

Pero si añade alas a un insecto feo tendrá una libélula.

A todas las personas que conozca añada siempre alas.